



Ilustración MARIA VICTORIA BAGLIETTO

Tierra y libertad

España realizó entre los años 1933-1936 un proceso de polarización política que desembocó rápidamente en la violencia como método privilegiado de solucionar o zanjar las diferencias políticas e ideológicas.

Por esos años, España era víctima de luchas entre todo el abanico ideológico-político contemporáneo tanto de izquierda como de derecha, creando un clima creciente de intolerancia y enfrentamiento. Las refriegas entre grupos políticos opositores, los partidos antisistemas con sus discursos antiparlamentarios, los cuestionamientos a la "democracia burguesa", etcétera, contribuían a crear un ambiente enrarecido y políticamente insostenible. Un auténtico nudo multiclástico es el resultado de la confrontación cruzada de todo tipo de ideologías encolerizadas unas con otras.

Como lógico corolario de todo esto, los asesinatos políticos se convirtieron en el pan de cada día; el estudiante de medicina falangista Matías Montero, Calvo Sotelo, y varios muertos por parte de la izquierda provocaron entierros políticos en donde solemnemente se juraban represalias que eran puestas en práctica inmediatamente.

Radicales, republicanos, socialistas, comunistas, tradicionalistas, fascistas, trotskistas, anarquistas, católicos, ateos, en fin, todas las expresiones ideológicas imaginables se enfrentaban dentro de un clima que crecía en intensidad.

Dentro de todo este maremoto ideológico, en medio de todo ese clima conflictivo, quiero resaltar las peripecias de uno de los legendarios personajes que protagonizaron la tragedia española.

El clima si se quiere romántico que genera la perspectiva palpable de cambiar las reglas sociales y políticas del mundo, genera mitos, seres que deambulan entre la realidad y la leyenda sin que se se establecan sobre su figura, y sobre su imagen, limitaciones drásticas. Una de las figuras es sin duda el último líder histórico del anarquismo español, el movimiento ácrata que estuvo más

cerca de tomar, a decir de Marx, "el cielo por asalto": Buenaventura Durruti.

Leonés de nacimiento, Buenaventura Durruti (1896-1936) es aún hoy una leyenda que llena de emoción a los actuales militantes anarquistas, y constituye un referente revolucionario de la única experiencia concreta de colectivización que se recuerda en el mundo occidental, realizada bajo las históricas banderas rojas y negras del anarquismo histórico.

Ya en sus años mozos en Gijón y en Rentería, según cuenta el dirigente del anarcosindicalismo catalán Buenacasa, Durruti era una juvenil fuente de insurgencia. Aun antes de ser anarquista, era fuente de conflictos, y se veía en él una indignación contra lo que él denominaba "injusticia", un concepto sin duda vago pero emocionalmente percibido con firmeza. Fue Buenacasa quien le indicó el camino barcelonés, pues allí existía una fuerte conciencia proletaria donde el joven Durruti pudiera expresar y canalizar positivamente todo su ímpetu revolucionario.

Allí, en Barcelona, se vincula a un grupo de pistoleros vinculados a la FAI (Federación Anarquista Ibérica), llamados "Los solidarios", grupo integrado entre otros por los hermanos Ascaso, García Oliver y Jover, interactuando en ese complejo mundo donde se entrecruzan los idealistas y los delincuentes comunes. Este grupo tiene una intensa actividad, efectuando todo tipo de atracos y atentados, entre los que se recuerdan: el asesinato del cardenal Soldevilla, el atentado contra Alfonso XIII en 1921 y el asalto al Banco de Gijón.

Posteriormente Durruti debe emigrar a Sudamérica perseguido por la justicia; allí trabaja y organiza sindicatos obreros en Argentina, pero al poco tiempo debe continuar su huida habitando en Uruguay, Chile, Paraguay, Perú, México, para retornar posteriormente a Europa. Al llegar a Francia, Durruti es detenido, pero la intensa actividad internacional de los anarquistas, en colaboración con los españoles exiliados, hace que sea puesto en libertad.

Durante la República española,

también Durruti pasa la mayor parte del tiempo desterrado o preso. El triunfo del frente popular lo sorprende en el penal del Puerto de Santa María.

Una amnistía ejecutada poco después por el gobierno de la República, posibilita que Durruti pueda insertarse ahora sí en una verdadera revolución. El líder anarquista no era un teórico del anarquismo, ni un filósofo político, era un hombre de acción que dentro de una situación revolucionaria se sentía como pez en el agua.

El comienzo del fin

El micromundo político que de por sí constituía la izquierda barcelonesa, se vio sacudido por un proceso revolucionario que era cohabitante con una guerra de subsistencia frente al ejército franquista, el cual había ocupado gran parte del territorio español dividiendo a la sociedad española en dos bandos irreconciliables. Esto se agravó, ya que la leyenda creada acerca de la bendita "quinta columna" contribuyó aún más a calentar los ánimos revolucionarios de los militantes, quienes desataron una verdadera carnicería en las zonas ocupadas. Esto por supuesto vale para ambos bandos, quienes en crueldad manifiesta tampoco se daban ventajas.

Los anarquistas fieles a su vocación revolucionaria, no entendían la guerra si simultáneamente no estaba acompañada por medidas progresivas que fueran encaminando a la sociedad española hacia la revolución social, mediante ésta a la colectivización, a la supresión del gobierno, y así a la sociedad anarquista, teorizada por Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Proudhon y por tantos otros.

Esta contradicción será fatal en el desarrollo de su actividad política. Dueños de la calle, los anarquistas barceloneses no querían el gobierno ni tampoco el poder. Su ideología libertaria los llevaba al odio tanto del gobierno como del propio poder, palabras que irritaban a cualquier individuo que perteneciera a las huestes enroladas tras los nobles ideales de la revolución libertaria. Esto lleva a un conjunto de dudas que van a llevar al anarquismo a caer en la perplejidad frente a problemas concretos de acción política. Las organizaciones anarquistas, la CNT y la FAI, comenzaron a tener dudas sobre la naturaleza de las relaciones políticas que tenían dentro de la izquierda, y fundamentalmente con los comunistas y socialistas, quienes privilegiaban la victoria de la guerra civil frente a los deseos inmediatos de una revolución social, tema fundamental para las huestes de Durruti. Finalmente, de todas maneras los anarquistas terminaron interviniendo en el gobierno de Cataluña y también en el de Madrid.

Mientras tanto, las zonas conquistadas por las Columnas anarquistas (una de ellas era liderada por Durruti),

fueron colectivizadas. Como resume James Joll en "Los anarquistas": "...Los sindicatos se hicieron cargo del control de las fábricas: los servicios públicos eran atendidos por los propios trabajadores, mientras que los pequeños comerciantes se organizaban en sindicatos; los burdeles fueron cerrados bajo el principio de que un anarquista no compra besos: debe merecerlos". El orden público era cubierto por patrullas obreras militarizadas, propensas a la violencia y a la brutalidad. Se quemaron todas las iglesias de Barcelona, salvo la catedral, y en algunas aldeas se llegó a abolir el dinero.

Un testimonio directo de estas experiencias es el que brinda el cronista austriaco Franz Borkneau, quien visitó en 1936 el pueblo de Castro del Río dirigido por un comité anarquista: "Traté en vano de conseguir una bebida, así fuera un poco de café, de vino o limonada. El bar del pueblo se había cerrado por considerarse un comercio indigno. Estaban contentos, dijeron, de que se hubiera terminado el café; la impresión era que consideraban la renuncia a las cosas accesorias como un progreso moral. El aborrecimiento que profesaban a las clases privilegiadas era más de orden moral que económico. No deseaban llevar la cómoda existencia de aquellos a quienes habían expropiado: lo que querían era desembarazarse de sus ostentaciones que se les antojaban otros tantos vicios".

Estos abordajes revolucionarios teñidos de idealismo les fueron creando problemas con los crecientes núcleos militaristas del Partido Comunista, quienes embarcados por completo en el triunfo de la República en lo militar adoptaron como táctica la creación del legendario Quinto Regimiento para intentar revertir los magros resultados de las tropas de línea, al contrario de las indisciplinadas milicias de izquierda (integradas por obreros, militares y policías leales a la República) que conformaron el grueso de las primeras unidades militares de la República. Las columnas anarquistas tuvieron un éxito primario en sus acciones militares, pero poco a poco se fueron diluyendo en una disciplina creciente, fruto de su natural aversión a la autoridad.

Todo este proceso va a culminar en una lucha interna que se desarrolla fundamentalmente en las calles de Barcelona, lucha que tiene el costo de más de cuatrocientos muertos sumado a la desmovilización de las organizaciones políticas y sindicales del anarquismo; a esta escalada autoritaria se suma el asesinato del brazo político-militar del trotskismo catalán, el legendario POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), así como el crimen de Andrés Nin, su fundador.

El ocaso del anarquismo

Gran parte de las esperanzas revolucionarias del anarquismo murieron el 1º de noviembre de 1936 en la Ciudad Universitaria de Madrid. El

La guerra civil española sin duda alguna va a seguir despertando comentarios y análisis, que buscan despejar la verdad sobre aquellos trágicos acontecimientos que costaron más de medio millón de muertos, y que configuraron un fúnebre prólogo de lo que sería posteriormente la Segunda Guerra Mundial.

— Por **Pablo Ney Ferreira** —

13 o el 14 (no está muy claro) de noviembre la columna de Durruti llega al frente de Madrid para colaborar con las fuerzas defensoras. La columna anarquista llega provista de una fama considerable, dirigida por su legendario jefe y pronta para el combate.

No vamos a analizar aquí el combate donde halla la muerte Buenaventura Durruti, pero una buena versión es posible encontrarla en "La Guerra de España 1936-1939". Com. Edeard Malefaki Taurus, 1996. p. 157-161.

Durruti murió en el frente de combate, defendiendo la ciudad universitaria en un extraño incidente que no vale la pena comentar.

El corto verano de la anarquía finalizaba con la última demostración masiva del anarquismo catalán. Más de 200 mil personas asistieron al funeral. Miles de banderas rojas y negras tiñeron de contenido revolucionario por última vez a la España republicana, y saludaron a su líder que iba camino a la Inmortalidad; era también el funeral de los ideales ácratas, sólo que ellos no lo sabían, y afortunadamente no lo sabían.

"Era increíble, no poseía nada, absolutamente nada, —dice Ricardo Rionda Catro—. Cuando Durruti murió me puse a buscar algunas ropas para enterrarlo. Finalmente encontramos una chaqueta de cuero vieja, unos pantalones color caqui y un par de zapatos agujereados. En una palabra, era un hombre que lo daba todo, no le quedaba ni un botón. No tenía nada", esta semblanza póstuma del líder libertario habla a las claras de su personalidad y del ascetismo revolucionario con el que daba ejemplo a sus hombres.

Buenaventura Durruti tuvo una existencia épica, su vida no tuvo descanso. Se podrá estar de acuerdo o no con su elección de vida, con los métodos de acción directa y con la violencia revolucionaria que ejerció sin dudarlo un instante, incluso se podrá discrepar con los ideales libertarios por los cuales murió, pero un hombre que entrega su vida con valor en el eterno altar de la lucha por la libertad, equivocado o no, merece no sólo el recuerdo, sino el respeto de todos. ■